

Mohamed, con el delantal de una mujer desnuda que le había regalado a Melissa por el día de la madre, prepara un cuscús para ella como sorpresa.  
Después de irse a trabajar tres horas tarde por su culpa, habría que recompensarla.  
Él nunca había cocinado antes.  
Bueno, sí, pero sólo por necesidad.  
Cuando vivía solo, antes de casarse, si tenía mucha hambre era capaz de prepararse algo, pero siempre precocinado.  
Aunque casi siempre, por no molestarse, terminaba comiendo un kebab.  
Al principio se preocupaba porque los alimentos fueran halal, pero después ya le daba lo mismo y terminaba comiéndose cualquier cosa.  
En realidad cocinar tampoco era tan difícil, e incluso resultaba una labor muy grata.  
A ella le encantaba la cocina marroquí, y aquel cuscús no iba a olvidarlo, sobre todo porque sería el primero que él le preparaba.  
Toda primera vez de algo suponía una especie de renacimiento.  
Era como si cuando uno realizaba una acción que sus congéneres habían estado practicando durante siglos, incluso milenios, se conectara con el ser con mayúsculas, con el espíritu de la especie.  
Incluso su cultura le parecía más amable, pues había descubierto su lado femenino.  
Cocinando confraternizaba con las almas de múltiples generaciones de moras.  
Ya no se sentía solo en el mundo, como le sucedía mientras esperaba en la tienda a que su mujer tuviera la comida preparada para subir.  
Cada gesto que realizaba, el pelar una simple cebolla, le hacía sentirse unido por una fraternidad casi divina a la humanidad.  
En realidad cocinar podía suponer una verdadera experiencia mística si se hacía con amor, como era el caso.  
Entonces recordaba con mucho cariño a su abuela a pesar de que había fallecido hacía muchos años, y el delicioso sabor de sus comidas invadía de aromas su cerebro mientras añadía comino a la cocción.  
Estaba convencido que le iba a quedar más rico que a su madre.  
Se iban a chupar los dedos.  
Sus hijos revoloteaban a su lado como mariposas.  
También ellos parecían felices de verle cocinar, e incluso se ofrecían a ayudarlo.  
Cuando no sabía donde estaba algo, les preguntaba y se ponían inmediatamente a buscarlo.  
Estaba claro que a los niños, cuyos valores e inocencia no han sido aún corrompidos, lo que más le gustaban eran las muestras de cariño.  
Por eso, el gesto de su padre quisiera ayudar a su madre, resultaba para ellos uno de los más bellos ante sus ojos puros.  
En realidad los pobres sufrían mucho viendo la ausencia de participación en las tareas del hogar por parte de sus padres, especialmente cuando las madres también trabajaban fuera de casa.  
Incluso él, cuando era pequeño, recordaba encontrarse siempre cerca de su madre deseando colaborar, porque en su lógica infantil no imperaban aún los valores impuestos, sino el de la justicia y la equidad.  
Sin embargo la rabia infantil surgida del deseo innato de luchar contra la injusticia, poco a poco se había transformado en odio hacia su propia madre cuando le había tocado representar el papel del varón.  
En realidad esa animadversión que había comenzado a sentir por las mujeres durante la adolescencia, era en el fondo desprecio hacia sí mismo.  
Por eso ahora se siente feliz mientras cocina por primera vez.